

Cerca de 93.600 personas alrededor del orbe —de las cuales más de 2 mil son sacerdotes— integran la institución católica Opus Dei, cuyo nombre completo es Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei. En Chile tiene 2.700 miembros entre Arica y Punta Arenas, además de simpatizantes y colaboradores, y entre sus focos está la educación escolar y universitaria. Surgido en 1928, el Opus Dei —cuyos integrantes suelen llamar “la Obra”— sorprendió en su momento por predicar, en especial en el mundo laico, la posibilidad de seguir el Evangelio a través del trabajo y la vida cotidiana. Un carisma novedoso, que impulsó su expansión en el mundo, pero también le ha significado controversias por el supuesto poder e influencia de sus miembros y su posible carácter “conservador”.

Físico y teólogo —una combinación sugerente—, Fernando Ocariz tiene 79 años y dirige el Opus Dei desde enero de 2017. Nació en París (donde su padre se exilió tras desempeñarse en el ejército del bando republicano en la guerra civil española), el sacerdote español muestra un carácter más bien tímido, pero ha tenido que enfrentar desafíos clave, como el cambio de estatutos de la organización, tras la decisión del Papa Francisco el año pasado. Un anuncio que suscitó comentarios sobre el posible “rehacimiento” del Opus Dei dentro de la Iglesia, sobre el cual se expone en esta entrevista. El prelado, como es conocido en su institución, está en Chile desde este jueves y cumple una apretada agenda en Santiago y Viña del Mar. Contempla reuniones con jóvenes, familias y académicos, visitará dos colegios de la Fundación Necedal, en Bajos de Mena y en La Pintana, y también la Universidad de los Andes.

En vísperas de la celebración del centenario del Opus Dei y recién llegado a Chile, su máxima autoridad señala que “una buena inspiración es agradecer a Dios los dones recibidos y la vida santa de tantas personas en estos cien años; dolernos por los errores cometidos, y pedirle ayuda para el futuro, pues sin Dios no podemos hacer nada”.

—Al Opus Dei se le suele caracterizar con tres adjetivos: consuetudinario, hermético. ¿Por qué ocurre eso? ¿Qué adjetivos le gustaría que se usaran para caracterizar al Opus Dei y su labor?

—Cada cual puede tener sus opiniones y sus motivos para valorar la realidad. Si algunas personas lo perciben así, será porque hay algo objetivo y/o subjetivo que pueda causar esa impresión. Dar a conocer lo que es la Obra, en parte, es tarea de cada miembro: vivir de modo auténtico la propia vocación. Es algo grande y maravilloso, aunque entiendo que se requiere una perspectiva de fe para comprenderlo con profundidad. De todos modos, pienso que, humanamente, quienes conocen de cerca el Opus Dei podrán percibir a personas normales, con virtudes y defectos. Me gustaría que se nos conociera como gente alegre, sencilla y serena, pacífica, con la que es fácil trabar amistad, personas de mentalidad abierta y comprensiva. También que se reconociese la variedad de los fieles del Opus Dei, y no solo a los pocos que pertenecen a cierta relevancia pública. Se verá así que cada uno y cada una lucha por vivir a fondo la fe, conviviendo con sus propios defectos e intentando poner sus talentos al servicio de su familia, sus amigos y de la sociedad.

—¿Cuál definiría usted como el aporte del Opus Dei a la vida de la Iglesia?

—La principal aportación del Opus Dei es acompañar a los laicos (98% de sus miembros) para que sean protagonistas de la misión evangelizadora de la Iglesia en medio del mundo, uno a uno. Los laicos no son meros receptores o actores secundarios, sino protagonistas de la evangelización, que pueden llevar el calor y la amistad de Cristo allí donde hace más falta: a las aulas, a las poblaciones, a los campos de fútbol, a los hospitales, a las oficinas, a las familias, a los pobres y a los ricos... a todos. Se trata de una labor de acompañamiento espiritual, de vivificación cristiana, que evita interferir en sus legítimas opciones terrenas: sus acciones en la sociedad, con sus aciertos y sus errores, serán responsabilidad suya, no de la Iglesia ni del Opus Dei. Atribuir al Opus Dei las iniciativas políticas, empresariales o sociales de sus fieles sería clericalismo.

EL EXILIO Y SUS REPERCUSIONES

—Usted nació en 1944 en el exilio, en París. Hoy se recuerdan los dramáticos momentos que entonces vivió Europa, que su familia vivió en el exilio en Francia. ¿Esta experiencia los marcó de alguna forma?

—Durante la guerra civil española mi padre sirvió en el ejército republicano: eso hizo que, al terminar la contienda, tuviera que exiliarse en París. Era veterinario militar y tuvo un primer trabajo para cuidar los animales de un circo. Poco tiempo después, consiguió trabajar en un laboratorio. Después se con- tó a la familia. Gracias a Dios, las respaldas que, algunos años después, mi padre sufrió al volver a España fueron leves y pudo desarrollarse en el campo de la investigación en biología animal. Por lo demás, yo era un niño y viví todo aquello sin ser muy



“Una iglesia herida en sus miembros puede transmitir a Cristo y tiene mucho que aportar”.

FERNANDO OCÁRIZ, PRELADO DEL OPUS DEI:

“SERÍA UN ERROR PARA LOS CATÓLICOS ATRINCHERARSE”

Sin esquivar temas conflictivos, el sacerdote español responde distintas inquietudes sobre los rasgos de la institución católica que encabeza, presente en más de 60 países y calificada, desde algunos sectores, como “hermética y poderosa”. De visita en el país, dialogó con “El Mercurio” sobre temas como la declinación de las cifras de católicos, los abusos en el seno de la Iglesia y su mirada al futuro. | ELENA IRRARÁZABAL S.

consciente. Aun así, quizá la reflexión sobre esa experiencia me vacunó contra la educación de cualquier tipo de violencia y contra la tentación de identificar la religión con determinadas opciones políticas.

—Estudió física y luego teología, una mezcla singular. ¿Qué aspectos de la física han iluminado su camino religioso?

—Tanto la física como la teología son, cada una a su modo, conocimiento de la realidad: no solo no son contradictorias, sino que se complementan. No puedo decir que el estudio de la física me abriera los ojos a la realidad de Dios, pues ya era creyente por tradición familiar y por convicción personal. Pero investigar en la realidad física concreta me ayudó a ver bajo otra perspectiva el mundo como creado por Dios.

mentario colateral que hacía innecesaria mi respuesta. Esos pequeños detalles se repitían a diario. Sobre todo, me impactó su unión con Dios, que era manifiesta cuando le oías hablar en un momento de predicación o en un encuentro familiar. En lo humano, subrayaría su amor a la libertad y su buen humor.

LAS INSTRUCCIONES DEL PAPA

—El Papa Francisco llamó a reforzar “el carisma esencial” del Opus Dei. ¿Cómo definiría ese carisma?

—Lo describiría como la búsqueda de Dios, el encuentro con Dios, y el ayudar a muchas otras personas a ese mismo encuentro, en la vida ordinaria, en el trabajo, en la familia, en la calle. En palabras del Papa Francisco, se trata de “difundir la llamada a la santidad en el mundo, a través de la santificación del trabajo y de las ocupaciones familiares y sociales”.

—¿Debe experimentar revisiones este carisma, que se configuró hace casi 100 años?

—En 100 años, la sociedad y la Iglesia han evolucionado mucho, y el Opus Dei también, pues es parte de ellas. No somos indiferentes a fenómenos como la globalización, la conquista femenina del espacio público, las nuevas dinámicas profesionales y familiares, etc. Como afirmaba san Josemaría, cambian los modos de hacer y de decir, pero permanece la esencia, el espíritu. Saber cambiar, en ese sentido, es necesario para ser fieles a una misión, pero se debe modelar cualquier cambio desde lo esencial, desde ese núcleo que no podemos modificar, porque, como todo carisma, es un regalo de Dios.

—¿Fue una sorpresa la decisión del Papa Francisco sobre la estructura del Opus Dei?

—El Santo Padre nos advirtió con una cierta antelación del *motu proprio* *Ad charisma tuendum*. Los cambios principales de ese documento afectan a aspectos estructurales y organizativos, que el prelado no sea obispo, entre otras cosas, pero no tocan la misión o la sustancia del Opus Dei. La modificación de los estatutos es una respuesta a esa petición del Papa. Ahora mismo, se trabaja sobre esto con el Dicasterio del Clero, en un clima de diálogo y de confianza.

—A algunos les llama la atención la juventud de algunas vocaciones al Opus Dei. ¿Son libres de decidir su vocación, por ejemplo, jóvenes de 16 años?

—La libertad es un requisito imprescindible para cualquier vocación. La incorporación al Opus Dei solamente es posible a los 18 años, con la mayoría de edad. Si alguien piensa que tiene vocación, puede empezar antes un proceso de discernimiento, pero sabiendo que no forma aún parte del Opus Dei y siempre con el permiso expreso de sus padres. Desde el momento en que se pide la admisión en la Obra hasta su incorporación definitiva, hay una serie de etapas formativas, que duran al menos 6 o 7 años. Cada año la persona debe manifestar su deseo de continuar: no es un proceso automático, sino que interpela al discernimiento y a la libertad personal de un modo muy profundo.

“Las actividades de formación espiritual que promueve el Opus Dei entre los jóvenes, con implicación de los padres, son una semilla para ayudarles a conocer y testimoniar su fe, a querer a su familia, a prepararse para ser buenos profesionales y ciudadanos. La mayoría descubre que su vocación está en el matrimonio, otros en el celibato laical; quizás otros optan por el sacerdocio o la vida religiosa... Como dice el Papa, al dirigirse a los jóvenes, se trata de “descubrirse a uno mismo a la luz de Dios y hacer florecer el propio ser”.

FALLAS Y PECADOS

—Desde el Vaticano se pide ahora un informe anual sobre la situación del Opus Dei, no cada cinco años, como antes. ¿Tiene que ver con la necesidad de mayor transparencia y control?

—Ese cambio de periodicidad es consecuencia del cambio de Dicasterio. Ahora, el interlocutor inmediato del Opus Dei es el Dicasterio para el Clero, y en ese dicasterio los informes se entregan cada año, no cada cinco, como ocurría en el Dicasterio de los Obispos. Independientemente de esto, qué duda cabe de que la Iglesia, y la Obra como parte de ella, está mejorando en el modo de dar a conocer de forma clara y comprensible los datos más relevantes de su actividad, así como sus motivaciones.

“La transparencia, bien entendida y bien

“Mi experiencia del exilio me vacunó contra la tentación de identificar la religión con determinadas opciones políticas”.

—En su juventud, convivió con san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. En este contexto cotidiano, ¿qué rasgo de él le llamaban la atención?

—Llegué a Roma en 1967 y viví en la misma casa que él hasta su muerte en 1975, pero allí nos alojamos unas 200 personas. A pesar de ser tantos, uno se sentía muy querido, arropado por su alegría y su afecto. En una ocasión, delante de muchas personas, me hizo una pregunta y se dio cuenta inmediatamente de que me ponía en un aprieto; sin darme tiempo a contestar, añadió un co-

aplicada, favorece la confianza que, como usted señala, ha quedado muy cuestionada por los casos de abusos. En este sentido, desde 2013 existe en el Opus Dei un protocolo para la protección de menores y personas vulnerables, que formaliza unas medidas de prudencia que se vivían en la Obra desde hacía décadas e incorpora la normativa más reciente de la Iglesia. Por otro lado, se está trabajando en la creación de canales especiales de sanación y resolución para acoger a las personas que quieran ser escuchadas.

—Aunque en menor medida que otras instituciones, se han planteado denuncias de abusos por parte de integrantes del Opus Dei, también en Chile. Usted ha expresado su perdón por las “faltas y pecados de miembros del Opus Dei”. ¿Cuáles son esas faltas y pecados?

—Las faltas y pecados personales los conoce cada uno. A la vez, no se puede ignorar que hay personas que han pertenecido al Opus Dei o han estado en contacto con la Obra y que se han sentido heridas por modos de hacer o han visto quebrada su confianza en quienes hacían cabeza en la institución. Teniendo en cuenta que lo que se pretende en la Obra es recorrer un camino de santidad y encuentro con Cristo, pensar que hay personas que en este camino no han encontrado la felicidad, me causa personalmente dolor y es invitación a un protocolo de examen para detectar las causas, para ver cómo reparar según cada situación, estudiar qué se puede mejorar, etc. Los motivos de estas heridas pueden ser muy variados. Lo que me causa más dolor es lo que no siempre hayamos sabido acompañar bien a las personas en el discernimiento de su vocación, en el acompañamiento espiritual, o ante una difícil situación familiar o personal.

“Atribuir al Opus Dei las iniciativas políticas, empresariales o sociales de sus fieles sería clericalismo”.

—Hoy se vive un gran clamor por dar más espacio a la mujer, muchas veces relegada a través de la historia. ¿Cómo lo vive el Opus Dei?

—Efectivamente, en las últimas décadas, la mujer ha ido ampliando su espacio en la vida pública, enriqueciéndola con su aportación insustituible. En la Iglesia, el protagonismo a todos los niveles, también con nombramientos en puestos de responsabilidad dentro de la curia vaticana, por ejemplo. En el Opus Dei, las mujeres han estado desde el inicio en el gobierno junto a san Josemaría y sus sucesores, y son autónomas con respecto a los hombres en el liderazgo de sus apostolados. Confiar cree la presencia femenina en el gobierno de las empresas o instituciones, más mujeres del Opus Dei, al igual que sus coetáneas, asumen puestos de responsabilidad, y es bonito ver el alcance que su servicio puede prestar.

CHILE Y EL DECLIVE EN EL NÚMERO DE CATÓLICOS

—Nuestro país experimenta cambios en materia religiosa. La encuesta Bicentenario de la UC muestra una significativa baja en la adhesión de los jóvenes a la religión católica. ¿Hay que asumir que los católicos caminan a ser un grupo minoritario?

—No vivo en Chile, y por tanto, no conozco en profundidad la situación, pero me atrevería a decir que sería un error atribuirse, una reacción natural cuando uno se encuentra en minoría. Al contrario, como sacerdote de Jesucristo, me gustaría sentir como propias las aspiraciones, las necesidades y sufrimientos de todas las personas y trabajar codo con codo con ellas.

—Después del huracán causado por la crisis de los abusos, por ejemplo, muchos católicos han emprendido la vía del acompañamiento de las personas heridas, y la Iglesia en Chile ha puesto en marcha medidas de prevención y de promoción de ambientes de confianza y libertad, que son imprescindibles para retomar su vigor en la sociedad, y que son claves para que estos delitos no vuelvan a ocurrir. Una Iglesia herida en sus miembros puede transmitir a Cristo y tiene mucho que aportar: ayudar, colaborar, sanar, sin buscar un interés personal o institucional, ni soluciones apresuradas. Este es el camino que veo que ha emprendido la Iglesia en Chile, la vía para recuperar la credibilidad y sobre todo para llevar la cercanía de Jesucristo a muchísimas personas.

—La baja en las vocaciones que experimenta la Iglesia Católica alcanza también al Opus Dei?

—En los países más secularizados, compartimos las mismas dificultades que el resto de la Iglesia. En los lugares donde esta crece, pienso en Nigeria, Brasil, Estados Unidos, el Opus Dei también crece. En concreto, aumenta el número de laicos y laicas que, inspirados por san Josemaría, desean buscar la santidad y están abiertos a formar una familia. Disminuyen, en cambio, las personas que acogen el celibato, un don de Dios que quizá hoy se entiende menos, aunque sea tan enriquecedor para la Iglesia. Desde hace algún tiempo, fallecen más de mil miembros del Opus Dei al año; aún así, gracias a Dios, hay un pequeño crecimiento en números totales, aunque en una realidad eclesial lo que importa es la unión con Dios y no las cifras o las estructuras. ■

OPINIÓN



CARLOS PEÑA

La TV y la audiencia masiva

¿Tiene razón el exministro Vidal cuando asevera que no contar con una televisión pública condena a las audiencias a informarse por grupos económicos como los que controlan Canal 13 o Mega (esos fueron los ejemplos que él dio)?

Aparentemente, tiene toda la razón. Los grupos económicos, podría argumentarse, están animados por el anhelo de engrasar su poder y su patrimonio, y entonces sería echarse tierra a los ojos si se creyera que tienen interés en que la ciudadanía se informe de manera objetiva e imparcial. Por el contrario, podría continuar el argumento, un sistema de medios con predominancia privada amenaza el pluralismo y la libertad de información.

El argumento parece, sin duda, persuasivo.

Desde luego, justamente porque los medios privados buscan incrementar sus ganancias tienden a satisfacer el gusto de las audiencias masivas, de manera que estas últimas, más que los dueños, son las que imponen la mayor parte de la programación a esos medios. Como los canales y otros medios (y quienes trabajan en ellos, claro) venden publicidad o, en otras palabras, audiencias, están obligados a satisfacer a estas últimas, puesto que, de otra forma, se arminarían. Y eso que vale para los matinales y las *realities*, también vale para las noticias y explica por qué muchas veces lo notorio desplaza a lo importante. La idea de que los noticieros están teledirigidos por los dueños de los canales es errónea y simplificada. Es verdad que los dueños de los canales no son filántropos (y si lo fueran, los medios serían todavía peores); pero tampoco son meros manipuladores de la opinión pública.

Por otra parte, un sistema de medios privados es indispensable, e inevitable, en una sociedad abierta. Sin esos medios (animados a veces, es verdad, por intereses), quienes tienen en sus manos el Estado (que no siempre coinciden con quienes tienen en sus manos los canales, sobra decirlo) podrían hacer y deshacer a su antojo, decir esto o aquello, divulgarlo, apoyarlo en las redes sociales (que sin medios como la televisión o los diarios carecerían de todo control de verosimilitud), y la ciudadanía sufriría con esas pequeñas riñadas de carreta que X y las redes con que la gerente combate el tedio y expresa sus odiosidades y sus resentimientos, divulgan.

¿Significa lo anterior que no se requiere un canal de televisión pública?

Por supuesto que no. Pero la verdadera razón para establecer una televisión pública es que exista un medio que no dependa de las audiencias y que, en cambio, cree audiencias que no existen, o que

son muy minoritarias, o ilustre a las existentes. Luego, la elección es entre un sistema de medios servil a las audiencias masivas (como el hoy existente puesto que a ese respecto TVN no se diferencia en nada ni de Canal 13 ni de Mega) y uno que cuente con al menos un medio influyente que se independice de ellas y el sentido del gusto que se les atribuye. Como se ve, lo que subyace a todo esto es si existe un objetivo que los medios deban servir que sea distinto a satisfacer el gusto espontáneo de las mayorías, un objetivo que las mayorías, en momentos de sosiego y racionalidad, aceptarían se persiguiera.

En tal caso, ¿qué objetivos—independientes del gusto espontáneo de las audiencias masivas—debería perseguir el canal?

Un probable objetivo sería el que está en el origen de la televisión y que fue la inspiración original (aun persistente) de la BBC según lo proclamó John Reith: ilustrar a la masa, a las audiencias, poniendo a su alcance el canon de la alta cultura. Ese es más o menos el objetivo original de la televisión chilena y esa fue la razón de que se entregara a las universidades. Se trata de un propósito que podría perseguirse, sin duda; pero como es posible dudar que la promoción del canon (suponiendo que algo así exista) sea lo que interesa al exministro Vidal, por ahora este objetivo podría descartarse.

Otro objetivo deriva de confrontar los intereses públicos con los estatales (y de paso, con los de quien tenga en sus manos al Estado). Es probable que el exministro Vidal tenga la tendencia a incurrir en esa confusión y esta también es una razón para descartarlo.

Por eso quizá la existencia de un canal independiente del gusto de las audiencias masivas se justifica para crear audiencias allí donde no existen, expresar el pluralismo de la sociedad y promover los bienes que son indispensables para que la democracia exista. Esos objetivos no son distintos a los que busca asegurar, no con mucho éxito, el Consejo Nacional de Televisión (CNTV), lo que muestra que el problema no es que no se sepa qué objetivos son apetecibles, sino el diseño que es necesario tener para alcanzarlos.

Si se quiere desoir el gusto que expresan las audiencias masivas (aunque nada asegura que lo que lo sustituya sea mejor, como lo prueban algunos canales no mercantiles del cable), entonces, hay que evitar la dependencia de la publicidad y del mercado. Pero si ello se logra, el problema central es el gobierno de un canal de televisión abierta así concebido, porque lo que muestra la experiencia (y el papel del propio exministro) es que esos objetivos suelen confundirse con una distribución del control del medio y de los mensajes entre las diversas fuerzas políticas, lo que acaba ayudando poco y nada a que esos objetivos se alcancen. ■

La idea de que los noticieros están teledirigidos por los dueños de los canales es errónea y simplificada. Es verdad que los dueños de los canales no son filántropos (y si lo fueran, los medios serían todavía peores), pero tampoco son meros manipuladores de la opinión pública.



DANIEL MANSUY

Una elección decisiva

Es difícil sobrestimar la importancia de la elección que tiene lugar hoy en Venezuela. Se trata de un día crucial, y el destino puede inclinarse en direcciones diametralmente opuestas: transición pacífica a la democracia o radicalización del despotismo. Por lo demás, los comicios tendrán efectos sobre todo el continente, cualquiera sea el resultado. Hace ya varios años que la crisis venezolana se transformó en una crisis regional de gran alcance, de la que nadie puede desentenderse.

Por de pronto, Venezuela es la principal causa de la colosal presión migratoria que sufren varios países de la zona. Los venezolanos que han arrancado de su patria se cuentan por millones, y cabe suponer que ese número solo se acrecentará si Nicolás Maduro se mantiene en el poder. Son dimensiones difíciles de concebir y que, a su vez, producen enormes dificultades en los países que reciben ese exilio forzado. Guste o no, nadie está preparado para recibir tal cantidad de personas, sabiendo que Venezuela no presta ninguna colaboración a la hora de entregar antecedentes o facilitar regresos.

En cualquier caso, esto nos conduce a otra pregunta, que tiene que ver con la larga duración del régimen. Después de todo, si un país genera un problema regional de esta entidad, uno podría haber esperado una presión mucho más fuerte de los afectados en orden a evitar los desplazamientos masivos. Si el vecino le produce problemas graves, usted hace todo lo posible por resolverlos. En este punto, debe decirse que —más allá de los errores cometidos por la oposición venezolana— el chavismo contó, durante demasiado tiempo, con muchos aliados. Este hecho debe ser notado: una porción significativa de la izquierda latinoamericana (y mundial) miró con benevolencia al régimen. Era un sistema distinto, un horizonte alternativo, un socialismo para el siglo XXI, una lucha contra el imperialismo, y también un proveedor de dinero fresco: el extravío de cierta izquierda con el régimen no puede sino recordar los errores cometidos en el siglo XX a la hora de llamar tiranía a la tiranía. Es una buena noticia que pocos mantengan esa posición, pero no deberían olvidar que esa complacencia permitió que se fraguara una dictadura de la peor calaña, dispuesta a asesinar disidentes en territorio extranjero.

Ahora bien, es innegable que el régimen ha perdido apoyo. Incluso Lula, acaso su aliado más fiel y perseverante, ha tomado distancia de Nicolás Maduro. Es cierto que tuvo que esperar que el mandatario prometiese “un baño de sangre” en caso de derrota, pero más vale tarde que nunca. En cualquier caso, la señal del líder

brasileño está lejos de ser anecdótica, porque la presión internacional jugará un papel decisivo en la continuación de la historia. En efecto, la unidad de los dirigentes regionales será fundamental a la hora de garantizar tanto los resultados como la validez del procedimiento, a sabidas de que Maduro ha hecho —y seguirá haciendo— todo lo posible por torcer las reglas. Por mencionar solo dos ejemplos, los venezolanos residentes en el extranjero están virtualmente impedidos de ejercer su derecho, y el régimen no ha permitido el ingreso de diversos observadores internacionales (dos senadores chilenos fueron deportados, pero Karina Oliva llegó sin problemas). En el fondo, Maduro es plenamente consciente de que se juega la vida en la contienda, y no cabe duda de que aprovechará cualquier oportunidad para perpetuarse en el poder.

En este contexto, la actitud de Chile no será irrelevante. Sin embargo, acá nos encontramos con un problema. Es innegable que el Presidente Boric ha sido severo con el régimen venezolano, pero es evidente que su postura introduce tensiones en su coalición. De hecho, nunca ha hablado de dictadura, prefiriendo eufemismos del tipo “deriva autoritaria”. Además, las palabras del Presidente no han ido acompañadas de acciones energéticas y proporcionales a los agravios recibidos. Lo menos que puede decirse es que nuestra diplomacia ha sido lenta y cansina. Cabe suponer que, en esta materia, el mandatario ha querido evitarse problemas con el Partido Comunista: alguna libertad discursiva, pero suma prudencia a la hora de tomar medidas (nota de protesta como máximo). Puede pensarse que será difícil, o directamente imposible, conservar ese equilibrio en los días venideros.

Por cierto, no se trata de un mero desacuerdo táctico entre socios de coalición, sino de algo más profundo. En rigor, en esta materia hay una discrepancia fundamental, que guarda relación con la lealtad con las reglas democráticas. El caso venezolano nos permitirá confirmar que el PC tiene escaso aprecio por las instituciones propias de la democracia occidental. Si el Gobierno se ve impelido a defender esas instituciones contra la “deriva autoritaria”, se la hará difícil hacerlo con la fuerza debida si, en su propia coalición, hay voces disonantes. Para decirlo en simple, el compromiso democrático también se revela en la elección de socios políticos. ¿Estará dispuesto nuestro Presidente a romper con la cárcel mental que impone el PC sobre parte de la izquierda? Esta es la gran pregunta que Gabriel Boric no podrá seguir eludiendo. Es difícil sobrestimar la importancia de la elección que tiene lugar hoy en Venezuela. ■

Es innegable que el Presidente Boric ha sido severo con el régimen venezolano, pero es evidente que su postura introduce tensiones en su coalición. De hecho, nunca ha hablado de dictadura, prefiriendo eufemismos del tipo “deriva autoritaria”.